

Contribución al libro homenaje a Gonzalo Puente Ojea, que con tanto denuedo preconizó el laicismo -“independencia de toda confesión religiosa”- y la plena emancipación humana, con reconocimiento.

SER O NO SER...

*“Ser o no ser. Esta es la cuestión”.
William Shakespeare en Hamlet.*

La vida humana, realidad inverosímil.

El ser humano es conocedor de lo incognoscible y sobre lo incognoscible caben conjeturas y cábalas pero es indebida cualquier aseveración.

Al filo exacto de las certezas e incertidumbres, la libertad humana, el don supremo.

Saber que sabe. Si no existiera un ser dotado de estas facultadas inusitadas y distintivas –reflexionar, imaginar, anticiparse, innovar, ¡crear!- si no hubiera este “sentido de la vida”, la inmensidad y belleza del universo, la indescriptible perfección de lo colosal y de lo ínfimo, serían percibidas pero no conocidas y admiradas.

El ser humano, única naturaleza consciente, “ojos del universo”. Desde lo conocible, analizable, demostrable, a lo indescriptible, inabarcable, hipotético.

Este escrito está basado en mi intervención en el “*Colloque sur le Sens de la Vie*”, celebrado en la Academia de Ciencias de Francia, París, 28/02/2017-01/03/2017.

El ser humano no se limita a “ver” las cosas y “percibir” el cosmos y descubrir lo que lo rodea y su propia naturaleza, sino que se plantea sin cesar cuestiones sobre el origen y el destino de lo inanimado, de lo animado, de él mismo. ¡Saber que sabe!: esta conciencia refleja, estar dotado no sólo para describir sino para imaginar, para innovar, constituye el fundamento del “sentido” de la vida humana.

Pero no sólo es espejo y faro sino también torre de vigía, porque puede prever y prevenir, puede componer, rectificar, edificar, demoler...

Cada ser humano sabe que es y quien es porque sabe. Tiende a eludir las preguntas esenciales –“Me encuentro huyendo de mí cuando conmigo me encuentro”, escribió José Bergamín aproximándose a los “camino interiores” en busca de respuestas que presume inexistentes.

En septiembre de 1981 escribí en Teotihuacán:

“Nada sé, salvo que soy,
salvo que estoy aquí,
estremecido.

Salvo que veo, pienso y siento.

Nada soy, salvo que sé, perplejo y confundido,
que cuando nació el hombre
-conciencia de la Tierra,
y de la mar,
y del viento, y de la nube-

el universo se pobló de luz,
de creadores.

Y sé que puedo rebelarme,
que puedo hacer ésto o lo otro,
que puedo iluminar o ensombrecer,
que puedo ascender o sumergirme...”.

La consciencia nos permite ahondar progresivamente en el *cómo* somos, de qué sustancias estamos compuestos y cómo funcionan en la “salud” y en los desequilibrios (fisiopatologías). Indagar, indagar sin cesar para descubrir la realidad de todos los seres vivos. Y del planeta que habitamos. Y del universo inacabable. Contemplar y reflexionar sobre el cosmos, sobre las galaxias, sobre las dimensiones colosales... y hacerlo también sobre lo más pequeño, sobre los elementos que configuran en último término la materia. Desde las estrellas más lejanas a los quarks, esta curiosidad y ansia de nuevos conocimientos es incesante. Todo ello nos permite ir sabiendo *cómo somos y dónde estamos*, pero poco añade a *quié*n somos.

La ciencia es el compendio del conocimiento adquirido en las distintas facetas, progresivamente mayores en número y extensión, de nosotros mismos, de la naturaleza en su conjunto. El *rigor científico* es, por tanto, premisa necesaria y obligada a cualquier descripción, hipótesis de trabajo,... que se realice.

Desde el primer momento tenemos que procurar que la ciencia y la consciencia, cada una en su campo, interactúen, de tal modo que

actuemos siempre en virtud de nuestras propias reflexiones, es decir, siguiendo lo que los conocimientos adquiridos y la conciencia aconsejan en cada momento. La conciencia es la “propiedad del espíritu humano de reconocerse a sí mismo, en su esencia y en sus modificaciones”.

Ciencia y conciencia para, con rigor e intrepidez, encauzar las tendencias presentes, fraguar las bases para un futuro distinto a la altura de la igual dignidad humana, al permitir a todos disponer de unos medios de vida en los que puedan desplegar sin cortapisas las facultades que les caracterizan.

Incardinado en estructuras biológicas temporales y putrescibles, cada ser humano es capaz de recorrer el espacio infinito del espíritu. Este alto vuelo es el exclusivo sentido de la vida de la especie humana, y por ello nunca debe abdicarse de su pleno ejercicio. Bien despiertos, todos los “receptores” bien abiertos y sensibles, porque no podemos desperdiciar un solo instante.

En algunos poemas he puesto de manifiesto este apremio, esta posibilidad de cada hombre, de trascender la superficialidad para alcanzar los lugares profundos donde se dirimen las grandes interrogantes.

Hasta hace poco, los ciudadanos del mundo vivían confinados desde un punto de vista intelectual y territorial, en espacios muy limitados. Sabían muy poco de lo que sucedía más allá de los 100 o 200 kilómetros de distancia, y eran, en consecuencia, extraordinariamente obedientes a las pautas de conducta que dictaban los “señores locales”. Un poder

masculino absoluto ha dominado el mundo desde sus orígenes, en el que la mujer ha aparecido sólo fugazmente en el escenario. Unos cuantos hombres, muy pocos, han ejercido el poder sobre el resto de la ciudadanía, hombres, mujeres y niños. Hace tan sólo unos años ofrecíamos, sin rechistar la propia vida cuando así lo decidían los mandatarios.

Durante siglos obedientes, silenciosos, temerosos. Ahora ya los seres humanos pueden expresarse, ahora ya saben lo que acontece. Ahora la mujer empieza progresivamente a obtener el papel que le corresponde, con sus facultades inherentes, en la toma de decisiones. Me decía el Presidente Nelson Mandela en Pretoria en 1996: “La cultura de la paz, la transición de la fuerza a la palabra, no tendrá lugar hasta que la mujer, piedra angular de la nueva era, no ocupe el lugar que le corresponde. Porque la mujer sólo excepcionalmente utiliza la fuerza. El hombre sólo excepcionalmente no la utiliza”.

Si hoy vivimos momentos fascinantes para el cambio de estas tendencias que desde el origen de los tiempos han reducido y anudado la intervención personal, se debe, en buena medida, a la disponibilidad de una tecnología de la comunicación y de la información que nos permite tener, por primera vez en la historia, una *conciencia global*, de tal modo que no sólo conocemos cómo viven y mueren en lugares muy distantes de los nuestros sino que apreciamos, sabedores de las precariedades ajenas, los bienes que nosotros disfrutamos.

Es la conciencia global la que despierta sentimientos de solidaridad y ayuda recíproca, la que señala inequívocamente los derroteros que debe seguir la ciencia para iluminar los caminos del mañana.

Por fin, ciencia y consciencia de a mano, para asegurar la sostenibilidad del planeta. Por fin, ciencia y consciencia para evitar la utilización de los progresos científicos en favor de un pequeño grupo de privilegiados que han sometido a su arbitrio al resto de los ciudadanos del mundo. Por fin, ciencia y consciencia para la transición desde una cultura de dominio, imposición y violencia a una cultura de diálogo, conciliación y paz. La gran inflexión histórica de la fuerza a la palabra irá acompañado de este binomio inseparable de la ciencia y la consciencia.

Saber para prever, prever para prevenir, es una máxima que debe estar permanentemente en el punto de mira de la comunidad científica. La capacidad de anticipación, evitar puntos de no retorno en procesos potencialmente irreversibles, constituye, sin lugar a dudas, una de las cuestiones fundamentales que los científicos deben poner en práctica permanentemente.

Saberes, sabiduría, conocimiento progresivo del mundo en su conjunto. El progreso en el conocimiento de las características genéticas y de los contextos epigenéticos permiten la diversidad humana hasta el límite de la unicidad. Cada ser humano único e irrepetible. Cada ser humano es capaz de inventar, de des-cubrir, caminar a contraviento...

Cada día aumentan los conocimientos que poseemos sobre la prodigiosa regulación de los procesos metabólicos de los seres humanos, de la señalización celular, de la comunicación entre moléculas... Sabemos que el vacío está lleno... que al principio era la luz y al final será la luz, después de un periodo de entropía negativa iniciado seguramente por un gran “big bang”...

Hipótesis, especulación, previsiones, proyecciones... pero siempre sin aseverar lo que se sitúa fuera del alcance de la demostración científica. Toda proyección es aceptable. Toda afirmación sobre lo indemostrable es rechazable.

La libertad es el don supremo. Cada ser humano único, capaz de pensar, de imaginar, de anticiparse, de crear. Cada ser humano investido de la facultad de discernir, de decidir en cada instante, al justo filo de las luces y de las sombras, de las certezas y de las incertidumbres.

La libertad humana, excepcional condición en los designios de la creación. Todo es previsible en el universo, todo regulado por inmutables leyes físicas y químicas... salvo la discrecionalidad humana.

Si algo se le impusiera como inequívoco, la máxima potestad humana quedaría desarbolada, des-orientada, sabiendo que todo estaba establecido y predeterminado. La dignidad humana se basa, precisamente, en el distintivo y exclusivo poder de enfrentarse sin cortapisas a las preguntas esenciales, en ser capaz, despojado de

adherencias y prejuicios, de actuar en virtud de las propias reflexiones y nunca al dictado de nadie.

Igual dignidad, sin discriminación alguna por razón de género, de etnia, ideología, religión, cultura. Diversidad cultural. La diversidad humana alcanza el límite de la unicidad. Cada ser humano único, dotado de creatividad, nuestra esperanza.

Los inmensos poderes mediáticos tratan de convertirnos en espectadores impasibles, distraídos, ofuscados, pendientes de lo irrelevante, ciudadanos sumisos y locales, cuando hoy más que nunca en el pasado, ante amenazas de alcanzarse puntos sin retorno, debemos ser militantes clamorosos en favor de una vida digna para todos. Es necesario superar la indiferencia para conseguir una ciudadanía global capaz de hacer frente a los desafíos globales que se presentan y cumplir debidamente nuestras responsabilidades intergeneracionales. Sería un error histórico que nuestro legado a quienes llegan a un paso de nosotros, nacidos y por nacer, fuera el de una habitabilidad deteriorada de forma irreparable.

La solución está en la educación genuina, en la democracia participativa. Educación para ser “libres y responsables” como tan lúcidamente establece el artículo 1º de la Constitución de la UNESCO.

Aprender a ser plenamente, para el ejercicio sin límites de los dones exclusivos de la especie humana. Educación para hacer frente a la complejidad progresiva a escala interna y externa, utilizando los “saberes” que magistralmente ha descrito Edgar Morin.

El por-venir está por hacer. Nada es inexorable. Personal y colectivamente, las riendas del futuro deben situarse en las manos de los seres humanos, que pueden diseñar el futuro que anhelan.

Federico Mayor Zaragoza.

2 de noviembre de 2017.